



CAPÍTULO III

Vianney trabaja en la reforma de los abusos.—Hace desaparecer los bailes y la asistencia á las tabernas.—Consigue la santificación de los días del Señor.

VIANNEY había organizado el ejército del bien en su parroquia; no estaba ya solo; tenía una fuerza sobre la que podía apoyarse: parecía, pues, llegado el momento de entrar en lid, y de atacar al descubierto á los enemigos que asolaban su rebaño. En la guerra á los abusos hay que evitar dos escollos: el primero es obrar con celo inconsiderado, diciendo la verdad con palabras duras y altaneras; así sólo se consigue precipitar á los malos en los mayores excesos, desalentar á los débiles y envenenar los corazones recelosos. Los obreros de Dios siempre tienen gran cuidado de no destruir el campo, precipitándose con desabrimiento al trabajo necesario para destruir la cizaña, que el Padre de Familia consiente á veces que crezca hasta la cosecha. El segundo escollo es el engañarse sobre la elección de los medios: es bueno que el sacerdote olvide por un instante su odio contra el vicio, á fin de arrancarle víctimas, y que vea las

faltas, dondequiera que las halle, con piedad y compasión: no se curan las llagas del corazón frotándolas. «No me acuerdo—decía Juan Vianney—de haberme »enfadado con mis parroquianos, ni creo tampoco haberles echado en cara sus faltas.»

Ya hemos visto que las poblaciones de la comarca estaban dominadas por el amor á las diversiones y placeres. Los bailes, sobre todo, eran su pasatiempo favorito en los domingos y fiestas: esta diversión es rara vez inocente, pero en la aldea toma un carácter particularmente peligroso por la excesiva franqueza en las relaciones, por la falta de vigilancia y cautela prudente, y por la ausencia de toda barrera impuesta por el respeto y el bien parecer. Los jóvenes hallan en el baile un alimento para sus pasiones, y las jóvenes pierden en él su pudor, el gusto de la piedad, y el sentimiento de las alegrías inocentes, sencillas y puras. En ese pasatiempo peligroso veía el señor Párroco de Ars el principal obstáculo á su proyecto de reforma.

Supo un día que había llegado á la parroquia un gaitero, y que tomaba sus disposiciones para formar el baile. Acercósele el señor Párroco, y le dijo: «Amigo mío, os ocupáis en un oficio que Dios no »aprueba.—Señor cura, es necesario hacer algo para »vivir.—Cierto, amigo mío; pero también es necesario morir, y tengo algún temor de que en la hora de »la muerte habéis de arrepentiros de haber vivido de »esa suerte. Vaya, buen amigo, hagamos un trato: »¿cuánto se os da por día?—Veinte francos.—Pues »tomad cuarenta, marchad, y dejadnos en paz.»

Se aproximaba la fiesta del Patrón, época verdaderamente crítica, porque jamás pasaba sin su cor-

tejo obligado de danzas, cánticos y alegrías tumultuosas, á las que asistían los pueblos vecinos; y hasta Trevoux y Villafranca enviaban sus contingentes. Esa multitud abigarrada, esa disipación y ese ruido, hacía mucho tiempo que viciaban el país. Nuestro santo Párroco estaba resuelto á cortar un desorden que afligía á los buenos cristianos y desolaba su alma. La dificultad estaba en saber cómo debía proceder para conseguir lo que se proponía. Lanzar invectivas y fulminar anatemas en tales casos, es cosa fácil; pero las invectivas mueven poco y convierten menos aún. Nuestro celoso Pastor expresará, sin embargo, su pensamiento, hablará á su pueblo. Escuchemos:

«En el mundo, hermanos míos, no se piensa más que en diversiones; sin embargo, nadie puede ofrecer un baile en expiación de las faltas de su mala vida. Si no queréis más que divertir os en este mundo, en ese caso no ofendáis á Dios. Mas los que tienen menos miedo de ofender á Dios son precisamente los que tienen siempre los bailes en la cabeza.

»Mirad, hermanos míos: las personas que entran en un baile, dejan su ángel custodio á la puerta, y le reemplaza un demonio; de suerte que bien pronto hay en la sala tantos demonios como danzantes.

»El que quiera divertirse con el diablo, decía San Pedro Crisólogo, no podrá regocijarse con Jesucristo. »No se va al cielo sin haberlo merecido, y no se merece desobedeciendo á Jesucristo, que ha condenado al mundo y sus placeres. Él ha dicho: «¡Ay del mundo...! No oraré por él...» Mirad, hermanos míos: »Nuestro Señor no ha dicho: Bienaventurados los que rien; bienaventurados los que danzan; dice lo con-

»trario: ¡Bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que sufren!»

Así hablaba el Párroco de Ars; pero sus tiernas súplicas, sus lágrimas y su rostro, lleno de una tristeza tan real como profunda, decían á sus feligreses mucho más que sus palabras. Sobre todo, donde derramaba la amargura grande de su alma era en el tribunal de la penitencia; allí era donde se dirigía alternativamente con fuerza y con dulzura á esas pobres jóvenes, que sacrificaban lo más precioso á un momento de embriaguez y de locura; allí hablaba al corazón de las madres que, por no tener el valor de resistir á un capricho de sus hijas, llorarían más tarde las consecuencias de su funesta complacencia.

Había llegado, por fin, la víspera del gran día... del Patrón de la parroquia, y ya fermentaba en las cabezas la idea de diversiones y placeres. Una comisión de jóvenes se había dirigido al Corregidor del pueblo, y le había pedido autorización para tener el baile como en los años precedentes. Al oír la palabra «baile,» el anciano Corregidor frunció el entrecejo: era un hombre honrado que, lleno de aprecio y veneración á su Párroco, tenía sumo interés en apoyar sus pensamientos de reforma, y al efecto se había propuesto impedir en adelante la reproducción de escenas que pudieran afligirle. «Amigos míos, les dijo, he prometido á nuestro santo Párroco oponerme al baile, y sabré sostener mi palabra: obrad como yo; seguid sus consejos, y no os arrepentiréis.» Los irreflexivos jóvenes á quienes se dió la anterior respuesta, se fueron á Trevoux, y volvieron con una autorización del Subprefecto. El Corregidor les dijo: «El Subprefecto es mi jefe, y no puedo prohibir lo que él

»autoriza; pero el orden del pueblo me corresponde
»á mí. Mirad bien lo que hacéis: si hay algún desor-
»den ó altercado, allí estaré yo.»

Llegado el día de la fiesta, después de los Oficios religiosos, comenzó el baile en la plaza, con gran disgusto del Párroco, que lloraba en la presencia de Dios la obstinación y ceguedad de aquella loca juventud. Verdad es que el triunfo del espíritu del desorden no fué completo. Los organizadores de la función tuvieron mucho que intrigar, y, á pesar de eso, su programa salió fallido en una de sus partes más importantes. Habían contado con la cooperación de las jóvenes, y casi todas faltaron, quedándose en la iglesia con sus madres. Su ausencia quitaba á la fiesta gran parte del interés, y por eso, cuando, al llegar la noche, se presentó el señor Corregidor, ceñido con su banda, á intimar á los grupos de la plaza la orden de retirarse, se le obedeció sin réplica. En este momento la campana, echada á vuelo, daba la señal de la oración. La iglesia se llenó de gente, cual si un instinto misterioso les hubiese guiado para ofrecer esa reparación debida al afligido corazón del Pastor. Mucho sentimos el no haber podido hallar algún pensamiento siquiera del discurso que en aquella noche pronunció Juan Vianney á sus feligreses; sabemos únicamente que fué tan patético, que hizo derramar abundantes lágrimas.

Cuando se combate por Dios exteriormente, Él acaba su obra en los corazones. Los jóvenes de Ars, confundidos y avergonzados de su triunfo, que había sido para ellos una verdadera derrota, reflexionaron; y, auxiliados por los consejos de sus madres, resolvieron dar un paso consolador: se presentaron en gran

número al señor Párroco, pidiéndole se dignase agregarlos á alguna de las Cofradías que había establecido: así consiguieron disipar la tristeza y el dolor que le causaron.

A despecho de los esfuerzos hechos por algunos agitadores del pueblo para conservar el carácter profano de la fiesta, le perdió enteramente en lo sucesivo. El día consagrado á honrar al Patrón de la parroquia llegó á ser una fiesta religiosa, santificada por la frecuencia de los Sacramentos y por una alegría enteramente cristiana. Aún se hicieron algunas tentativas, ya de una parte, ya de otra, para volver á levantar el ídolo y su culto; pero esos esfuerzos vinieron de fuera. Los jóvenes de los pueblos vecinos, al aproximarse la fiesta, comenzaban á trabajar de nuevo, y ensayaron contra sus antiguos compañeros de placer algunos de los ridículos y gastados medios que la impiedad suele usar, y á los que el respeto humano y la debilidad dan á veces un éxito tan fácil como lastimoso. «¿Por qué, les decían, no obráis como los demás? ¿Queréis acaso vivir como salvajes? Si escucháis á vuestro Párroco, hará de vosotros otros tantos capuchinos.» Este lenguaje burlesco recibió la acogida que merecía: vino á estrellarse contra la invencible resolución de no contristar más á su buen Párroco. Éste también les había dicho por su parte: «Vosotros podéis hacer lo que queráis; pero, si hay el menor ruido, no sufro más, y marchó de aquí en seguida.»

Otra vez hubo todavía una demostración desgraciada, al frente de la cual figuraron algunos parroquianos, padres de familia: fué la última, y cayó bajo el ridículo que echó sobre ella el señor Párroco, muy

suavemente y sin herir á nadie, por medio de una inocente salida. Después de haber felicitado á la juventud por su honroso comportamiento, añadió: «He notado que en el último domingo algunos vecinos de mi parroquia, á quienes su edad aconsejaba mayor compostura y conducta más prudente, llevaban cintas en sus sombreros; he pensado que querían venderse.» En el estado de los espíritus, no se necesitaba más para que se avergonzasen los culpables. Había ya dado tantas prendas de amor á las almas el Párroco de Ars, que su ascendiente llegaba á ser casi irresistible.

Vencido el espíritu del desorden sobre el terreno en que se había fortificado, hizo algún ensayo para reaparecer bajo otra forma, con ocasión de las fiestas y diversiones que son el cortejo acostumbrado de las bodas en los pueblos. Mas, gracias á la influencia que había adquirido para con los padres y madres de familia, Juan Bautista Vianney corrigió este nuevo abuso tan pronto como tuvo conocimiento de él.

Después de este último triunfo, ya pudo el celoso Pastor dirigir toda su solicitud sobre la gran cuestión del domingo, que desde hace algunos años viene preocupando vivamente á todos los rectos espíritus. No había ningún punto de la ley divina sobre el cual con más frecuencia hablase el Párroco de Ars á sus feligreses desde el púlpito, que el relativo á la santificación del día del Señor.

«Vosotros trabajáis, les decía, pero lo que ganáis arruina vuestra alma y vuestro cuerpo. Si se preguntase á los que trabajan el domingo:—¿De dónde venís ahora? podrían responder:— Vengo de vender mi alma al demonio, de crucificar á Nuestro Señor y

»de renunciar á mi bautismo. Yo camino para el infierno, y será preciso llorar toda una eternidad por nada.» Cuando yo veo á los que acarrean el domingo, pienso que llevan en carro su alma al infierno.

»¡Oh, hermanos míos, cómo se engaña en sus cálculos el que trabaja el domingo, en la creencia de que adelanta más en sus intereses ó en sus faenas! ¿Podrán acaso dos ó tres pesetas compensar jamás el mal que se hace á sí mismo el que quebranta la ley de Dios? Os imagináis que todo depende de vuestro trabajo, y os equivocáis. Una enfermedad, un accidente cualquiera, puede paralizar y desconcertar todos vuestros cálculos y trabajos. ¡Se necesita tan poco! Una tempestad, una inundación, una helada ó un pedrisco, ¿no arrebatan las cosechas á pueblos y comarcas enteras? Dios todo lo tiene en su mano; puede vengarse cuando quiera y como quiera; los medios que tiene para hacerlo son muchos. ¿No es Él siempre más fuerte que el hombre? ¡Oh, amigos míos!... Es forzoso reconocer que Dios es siempre el Señor, y que antes ó después tenemos que caer en sus manos, desnudos y despojados de todos los bienes de la tierra.

»Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el que permanece hasta la vida eterna (San Juan, VI, 27). ¿Qué ventajas os resultan de haber trabajado el domingo? Dejáis la tierra tal cual es, cuando salís del mundo; nada de ella llevaréis con vosotros. ¡Ah! Mientras esté uno en esta tierra, no se hace cosa buena; es preciso irse, y nuestra dirección ha de ser hacia Dios; sólo para eso estamos sobre la tierra. Hermanos míos, es preciso morir el domingo y no resucitar hasta el lunes.

»El domingo es propiedad de Dios, es día suyo; »por eso se llama día del Señor. Él ha hecho todos »los días de la semana; podía reservárselos todos; nos »ha dado seis para nosotros, y para Él sólo se ha re- »servado el séptimo. ¿Con qué derecho tocáis lo que »no os pertenece? Sabed que los bienes robados no »aprovechan jamás, y estad seguros de que el día que »robáis al Señor, tampoco os aprovechará. Conozco »dos medios seguros de hacerse uno pobre, que son: »trabajar el domingo, y tomar los bienes ajenos.»

Esa era una de las sentencias favoritas del Párroco de Ars, y al fin de su vida la repetía con frecuencia en los Catecismos, como el fruto de su larga experiencia. Diremos, en obsequio de la verdad, que el celo del Párroco Vianney halló sobre este particular corazones dóciles. Ars llegó á ser pronto bajo su dirección, y fué siempre después, la parroquia excepcional que todo el mundo ha podido admirar. Jamás salió un trabajador al campo en el día del Señor, ni aun en tiempo de recolección; en todas partes se descubría la santidad del domingo y el dulce reposo de la oración.

Es verdad que Ars es una población enteramente agrícola, y esa divina ley del trabajo y del reposo, esa alianza necesaria de la acción y de la oración, nadie debe comprenderla mejor que el hombre del campo. Sus trabajos diarios son otros tantos actos de fe; su vida ordinaria mantiene relaciones íntimas con Dios, y está siempre obligado á ver la mano de la Divina Providencia, y á esperar de ella alguna cosa que no puede producir con su trabajo. El labrador no arranca del cielo, con todos sus esfuerzos, ni una sola gota de agua para sus trigos, ni un rayo de

sol para sus viñas, sino por la oración: ningún otro medio tiene en su mano para impedir que la lluvia ahogue sus mieses, ó la sequedad las devore. Quiera ó no quiera, se halla siempre en dependencia inmediata de Dios. Para que salgan de la tierra los frutos y las mieses, Dios y el hombre se unen en una misteriosa asociación de voluntad, de fuerza y de cooperación. La mano de Dios da la semilla, la del hombre la derrama; ésta abre el surco, aquélla derrama en él el rocío; y mientras la una descansa de su fatiga, la otra completa y perfecciona la obra.

Estas y otras consideraciones se hallaban á cada paso en los discursos del Párroco de Ars: «No des- »confiéis de la Providencia de Dios, decía; ella ha »hecho crecer vuestras mieses, y os dará bastante »tiempo para recogerlas.» Apoyado sobre esta máxima, no dispensaba la severa ley que prohíbe el trabajo del domingo, sino en rarísimos casos. Por malo que se presentase el tiempo, el pueblo estaba habituado á creer, sobre la palabra de su amado Pastor, que los frutos no corrían ningún riesgo.

Un domingo del mes de Julio todas las mieses estaban en disposición de segarse, y muchas segadas ya; á la hora de la Misa popular comenzó á soplar el viento con violencia; se aglomeraban ya nubes muy negras, y amenazaba una gran tempestad. Subió el buen Pastor al púlpito: dirige la palabra á sus feligreses, les prohíbe tocar á las gavillas que tenían en el campo, y les promete más tiempo bueno que el que habían menester para recoger su cosecha. Todo se verificó como había predicho, y pasaron aún quince días sin llover.

«Me hallaba en Ars en tiempo de la siega de la

»hierba—dice el presbitero Renard,—y toda la semana habia estado lluviosa, fuera de algunos pequeños intervalos de tiempo claro, que habian permitido á los habitantes segar sus prados; pero el sábado no habia podido recogerse aún la hierba, porque no estaba seca. El domingo, aunque el día estuvo magnífico, y la cosecha de hierba corría peligro por haber sufrido el mal tiempo de toda la semana, no se vió un jornalero en el campo. Los campos de Ars estaban cubiertos de montones de heno, y nadie tocó á ellos. Con este motivo, hallando á un buen hombre, me permití decirle, únicamente para probarle: Amigo mio, el tiempo está mediano, y vuestra cosecha corre peligro de perderse.— Nada temo, me contestó: Dios, que me la ha dado, es bastante bueno y poderoso para conservármela. Nuestro santo Párroco no quiere que trabajemos el domingo, y debemos obedecerle.»

Dios bendijo, como siempre, esa obediencia. Los habitantes de Ars, que viven del producto de sus campos, veían aumentar rápidamente su fortuna: los que se ocultan para quebrantar la ley del domingo, son únicamente los que se arruinan; porque, decía un buen hombre, el respeto humano ha vuelto á reaparecer entre nosotros.

Cuando, tiempo después, se establecieron en el pueblo algunas pequeñas industrias con motivo de los extraños, y la necesidad de la peregrinación, multiplicaron las hospederías, los talleres y almacenes, continuó la misma práctica del descanso religioso; y la ley que prohíbe el trabajo en los días del Señor no cesó de observarse escrupulosamente. En esos días, el martillo, la lima, el hacha y el carro

descansan; todas las tiendas se cierran, y todas las industrias suspenden sus trabajos. El señor Párroco hubiera querido que en esos días se suspendiese también el servicio de los ómnibus. El incesante movimiento de extranjeros y la circulación de coches le hacían sufrir tanto, que algunas veces manifestaba su descontento. Los peregrinos que sabían esto, procuraban no disgustarle, y evitaban llegar al pueblo, y, sobre todo, salir de él en domingo, á no ser por graves motivos. Además, los conductores de ómnibus cambiaban su itinerario por respeto al señor Cura párroco, y, en lugar de llegar á la plaza, se detenían en el parador que está á la entrada del pueblo.

Recordamos que, en el año de 1856, el domingo infraoctava de la fiesta del Santísimo Sacramento, durante la Misa mayor, un ómnibus salió de la fonda á todo escape, y al llegar frente á las puertas de la iglesia, que estaban abiertas, dejando ver en el interior al Santísimo Sacramento expuesto, se detuvieron los caballos súbitamente; aunque el cochero se obstinó en hacerles romper á fuerza de golpes, permanecieron inmóviles bajo su látigo, como el asno de Balaam bajo la vara del Profeta, y fué forzoso retroceder y volver á tomar el camino de la fonda.

A la cuestión del domingo toca muy de cerca la de la taberna; es la plaga de nuestras aldeas y la desesperación de los pobres Curas. Dondequiera que se establece una taberna, hace competencia á la iglesia; dondequiera que aquélla se llena, la iglesia se queda vacía en las mismas proporciones. La taberna es la verdadera causa de que en muchos lugares el domingo, que existe para las mujeres, no exis-

ta ya para los hombres. Al llegar á Ars, Juan Bautista Vianney halló dos establecimientos de esta clase en su parroquia, y al momento comenzó á trabajar con el fin de suprimirlos, armándose para ello de todo su celo, auxiliado con la indispensable discreción y prudencia. Sin faltar á las conveniencias, sin mezclar á sus exhortaciones recriminación ni ataques demasiado directos, aprovechó las ocasiones, así en el púlpito como en las conversaciones particulares, para manifestar el inmenso daño que á las familias y á los pueblos se seguían de esos establecimientos. Poco á poco la opinión del pueblo se conformó con la suya: uno de esos establecimientos desapareció en seguida, y el otro, que trató de luchar contra el celo del santo sacerdote, vió disminuir poco á poco su crédito, desaparecer su clientela, y no tardó en ser de todos abandonado, y cerrado por tanto. Desde que comenzó la peregrinación, el buen Párroco permitió establecer, en reemplazo de esos focos de desorden, fondas modestas para hospedar y dar de comer á los forasteros. En esas casas se guardaba el orden y el decoro correspondientes; se cerraban ordinariamente los domingos y días de fiesta durante los Divinos Oficios, y no se abrían más que para dar de comer á los peregrinos; las gentes del pueblo no se reunían en ellas.

El pueblo de Ars tomó desde entonces esa fisonomía grave y religiosa que no se parece nada á lo que se ve por otras partes, y que recuerda tiempos demasiado lejanos, que ya pasaron. Durante el día, todo el movimiento se concentra alrededor de la iglesia: al oscurecer, las familias se recogen, y la noche pasa en paz. No hay ejemplo de que el sueño

de los habitantes haya sido turbado por aquellos gritos y cantares, tan comunes en otro tiempo, y que, á la vez que demuestran la insuficiencia de nuestros reglamentos de policía, hace poco honor al talento y disposiciones musicales de los paisanos de nuestras comarcas. ¡Tan cierto es que para la reforma de las costumbres hay que contar poco con las leyes! Siempre les faltará esa fuerza simpática que subyuga suavemente la voluntad humana. ¿Y dónde está esa fuerza misteriosa que conmueve los corazones y les convierte á Dios? ¿Está acaso en las leyes? No: está en la palabra amada y respetada de un sacerdote, que habla en nombre y con el espíritu de Jesucristo.

Si el Párroco de Ars se hubiese contentado con haber hecho cesar el escándalo de las obras serviles, de los bailes y tabernas, mucho habría hecho para la regeneración moral y religiosa de su parroquia; mas con esto sólo no resultaría debidamente santificado el día del Señor, ni se obtendría toda la gloria que el domingo debe dar á Dios, ni la paz que debe traer á los hombres de buena voluntad. Quitar al pueblo lo que le distrae y divierte, sin darle otra cosa en su lugar, es condenarle á la ociosidad y al tedio. Para que el domingo sea el verdadero domingo de Dios, es necesario que sustituyan á los ejercicios corporales, que deprimen el alma, las prácticas espirituales, que la elevan, la aproximan al cielo, y la hacen respirar el aire puro de la verdad. La solitud pastoral, como la ternura maternal, debe estar siempre vigilante para hacer partícipe al pueblo fiel de los beneficios de esa divina institución.

Era una dicha hallarse en Ars el domingo ó día de fiesta. Las comuniones eran allí numerosas, y las

oraciones continuas. La Iglesia nunca se hallaba vacía. En los Oficios, que se sucedían con cortos intervalos, era tan considerable la afluencia, que se ahogaba uno en aquel estrecho recinto. El buen Pastor tenía constantemente el Catecismo á la una de la tarde, y se asistía casi en tanto número como á la Misa. Después de Vísperas se rezaban Completas, y á continuación se cantaba la Salve á la Santísima Virgen, terminando con el Santo Rosario, dirigido por el señor Párroco. Al oscurecer, la campana llamaba por tercera vez á los fieles, y por tercera vez la parroquia entera respondía á ese llamamiento, presentándose en la iglesia. Juan Bautista Vianney salía de su confesonario, subía al púlpito, hacía desde allí la oración de costumbre, á la cual seguía siempre una de esas tiernas homilias, en la que derramaba toda su alma en palabras á la vez tan sencillas y elevadas, tan fuertes y simpáticas, que cautivaban los corazones.

Ahora que un terreno preparado por segunda mano ha cubierto de nuevo aquella vegetación primitiva, difícil es descubrir los vestigios profundos del trabajo que hizo la mano de nuestro hábil obrero. La influencia de los peregrinos, el gran número de forasteros que han fijado su residencia en Ars para explotar el concurso, han cambiado el aspecto del pueblo; mas hace veinticinco ó treinta años, era un verdadero oasis cristiano.

«Muchas veces me he paseado, nos ha dicho una persona residente en Ars, por los campos durante la época de la recolección, y jamás oí una blasfemia, ni una palabra inconveniente. Pregunté cierto día á uno de los vecinos sobre el particular, y me

»respondió con sencillez: «Nosotros no valemos más que los demás, ni somos más virtuosos; pero nos avergonzaríamos de entregarnos á semejantes desórdenes tan cerca de un Santo.»

»Al toque de campana de medio día, he visto con admiración á los hombres suspender sus trabajos, descubrirse y rezar el *Angelus*. En Ars no he visto borrachos, ni escenas violentas, ni esas riñas escandalosas que son consecuencia ordinaria de la embriaguez. Los Sacramentos se reciben con frecuencia; y respecto á confesiones, todos los sábados parecen víspera de una fiesta. ¿Hay acaso entre nosotros alguna otra parroquia á cuya iglesia se vean venir para orar, á las dos ó tres de la mañana, así mujeres como hombres? ¡Y cuántos de éstos hay que, después de pasar todo el día en un penoso trabajo, acuden á la oración de la noche...!»

Bien sé que hay algunos corazones endurecidos, que han resistido á todos los esfuerzos de su Pastor. El mal se introduce en todas partes, y, cuando se halla al lado de un gran bien, parece tomar de esa proximidad un motivo más de perversión; pero para quien conoce la Dombés, para quien quiera recordar lo que era Ars antes de tener por Párroco á Juan Bantista Vianney, y lo que son aún las parroquias vecinas, el bien que ese santo sacerdote ha hecho en su pueblo es su primer milagro.